

EL AMIGO CATÓLICO,

DEFENSOR DE LOS LEGÍTIMOS INTERESES SOCIALES:

RELIGION, FAMILIA, PROPIEDAD

Y ÓRGANO DE

LOS CIRCULOS CATÓLICOS DE OBREROS.

FUNDADOR Y DIRECTOR:

Dr. D. Manuel Gonzalez Francés,
Canónigo magistral.

CENSOR ECLESIASTICO:

Dr. D. Manuel Jerez Caballero,
Canónigo penitenciario.

ALOCUCION

pronunciada por Su Santidad en el
Consistorio del día 28 de Diciembre
de 1877.

Venerables Hermanos: El veros aquí reunidos en tan gran número en Nuestra presencia, Nos ofrece una dichosísima oportunidad que ardientemente deseábamos, á saber, la de dar gracias á cada uno de vosotros por las demostraciones de afecto con las cuales nos habeis consolado suavísimamente durante la enfermedad con que fuimos molestados. Este deber de gratitud lo cumplimos hoy, Venerables Hermanos, alegrándonos en el Señor, porque tenemos experiencia de que sois fidelísimos auxiliares en sobrellevar el peso del Apostólico Ministerio, y así por vuestra virtud y constante afecto de caridad experimentamos dulce consuelo, con que se alivian las múltiples amarguras de Nuestro ánimo.

Pero mientras nos congratulamos de vuestro afecto y solicitud hacia Nos, tambien conocemos que cada dia tenemos mayor necesidad de vuestra cooperacion, así como de todos los Venerables Hermanos y fieles, á fin de conseguir el auxilio que actualmente Dios dá á las necesidades, tanto nuestras como de la Iglesia. Por lo que vivamente os exhortamos, Venerables Hermanos, y singularmente á aquellos de vosotros que ejercen el ministerio episcopal en las diócesis que les están confiadas, y asimismo á todos y á cada uno de los Pastores que presiden en todo el mundo católico el rebaño del Señor, que dirijais sin interrupcion oraciones á la divina clemencia por Nos y por la Iglesia, y que pidais que, aunque afligido corporalmente, Nos dé lo que necesitamos y fortaleza de alma para sostener con denuedo la ardorosa batalla, y

que vuelva los ojos á los trabajos é injurias que se dirigen á la Iglesia, y, perdonando todas nuestras culpas, dé gloria á su nombre y nos conceda el don de la buena voluntad con el fruto de aquella paz que los coros angélicos anunciaron á los hombres en el nacimiento del Señor.

SECCION DOCTRINAL.

LAS CIENCIAS, LAS ARTES Y EL CATOLICISMO.

(Continuación.)

Los imperios vacilaron y cayeron sucesivamente; las continuas irrupciones de las diferentes razas que se disputaban el poder en Oriente y Occidente, amenazaban arrollar á la Iglesia repetidas veces: la bullidora propaganda de las herejías atentaba contra el dogma verdadero siempre triunfante; pero éste, afirmándose mas con la poderosa autoridad que le iban dando los frecuentes concilios, resistió el empuje de tantos enemigos alentando ínterin á las ciencias y á las artes: una de ellas, la *mecánica*, protegida con interés por la Iglesia católica, tuvo entónces un portentoso desarrollo en su aplicacion á la *relojería*. En 767, el Papa Paulo I habia inclinado el ánimo de varios clérigos al estudio del perfeccionamiento de la Clepsyde, y obtenidas grandes ventajas de regu-

laridad regaló á Pipino uno de tales aparatos; y mas tarde aquellos hombres de ciencia hicieron llegar hasta Carlo Magno, en 775, una nueva máquina cuya aparicion fué un gran acontecimiento: consistia en una Clepsyde representando al famoso califa Aroun al-Raschid. Eginard nos ha dejado de tan recomendable máquina una pomposa descripcion. «Ella era, dice, de cobre damasquinado de oro, marcaba las horas en un cuadrante, y en el momento preciso, un número igual de bolas de hierro caía sobre un timbre haciéndole sonar tantas veces cuantas horas marcaba la aguja; entónces se abrian de 1 á 12 ventanillas, y aparecia, á la hora correspondiente, un número respectivo de caballeros armados de punta en blanco que despues de varias evoluciones se retiraban al interior del mecanismo, cerrándose las ventanillas.» Poco tiempo despues, Pacífico, arzobispo de Verona, fabricó otra máquina en que estaban relacionados, á mas de las horas, los dias de la semana, los meses, y las fases de la luna.

La *música*, el arte mas sublime y conmovedor, fué regimentado por los cristianos de un modo laudable. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, dice en sus sentimientos sobre la música que «es una modulacion de la voz al par que una concordancia de muchos sonidos, en union simultánea.» En 384, san Ambrosio, entendido constructor de la cate-

dral de Milan ordenó técnicamente la ejecución de los himnos y de los salmos, aplicando los cantos de la Iglesia griega á las melodías mas convenientes á la gravedad de la Iglesia latina. Gregorio el Magno corrigió el desorden de los cantos en 590, y ordenó el Centoniano, especie de antifonario compuesto de himnos á coro, canto que se llamó desde entonces Gregoriano, conservado en Occidente sin modificaciones hasta la mitad del siglo XI; y en 815, Colomban, abad de San Tron, compuso un canto con la letra «A solis ortu usque ad occidus» cuyo manuscrito se conserva en la biblioteca de Paris bajo el número 1154, en el cual el tamaño y forma de la letra marca los valores musicales, sirviendo de auxiliares varios puntos de combinación. Este canto fué escrito para los funerales de Carlo Magno.

San Gerónimo, que vivió desde 331 á 420, describe el primer instrumento que acompañaba á el canto eclesiástico: éste es el órgano compuesto de 15 tubos de cobre y dos depósitos de aire hechos con piel de elefante y alimentados con dos fuelles de fragua. Los monjes de Oriente que á imitación de los Judíos habian llamado á oración á los fieles con trompetas, inventaron la despues llamada «pulsante campana» hecha en un principio con planchas metálicas formando un cilindro hueco, el cual golpeaban interiormente con un mazo, sufriendo diferentes modifi-

caciones hasta obtener las campanas fundidas: habiendo quien suponga que las castañuelas, que se tocan en España para los bailes nacionales, fueron empleadas por los monjes para marcar en el yermo, con toque pausado, las horas de recogimiento y de penitencia, dando así origen á la matraca, instrumento elemental de música que se conserva aún en uso para las ceremonias de Semana Santa; debiéndose á la Iglesia el perfeccionamiento de los tímpanos, carrillones, liras, nabulos, choron, organistrum y otros instrumentos.

Una nueva herejía surgió en la region oriental, la de los iconoclastas, y para combatirla se reunió, en 787, el Concilio Niceno II. Se atacaba á la representacion de Jesucristo, de la Virgen y de los bienaventurados, y la Iglesia, celosa por la piedad de los fieles y por el progreso de las artes, ordenó se propagasen las imágenes á toda costa: los artistas que huian de los herejes de Oriente y se refugiaron en Italia tuvieron entonces ancho campo para producir obras que aún se admiran, y las basílicas de San Clemente de Roma como San Nazario de Verona, y las de Pisa, Génova y Venecia vieron pintadas en sus paredes innumerables figuras por el procedimiento llamado *Pintura al fresco*, teniendo lugar en Italia un renacimiento oriental. Debiendo añadir que, en 817, los artistas griegos por orden del papa Pascual I pintaron en el

pórtico de Santa Cecilia de Roma una serie de frescos revelando la vida de la titular, y otro en Santa Maria de Trastevere; como además una gran figura de la Virgen en Santa Maria de la Scala, en Milan, que fué destruida para hacer el actual teatro y trasladada á Santa Fidele; una colección de retratos de Papas desde san Leon, que han sufrido mucho en el incendio de san Pablo extramuros de Roma, y las bellas imágenes de la capilla subterránea de Aquilea.

En medio del torbellino de los acontecimientos, rodeado de peligros, fundó en el monte Casino san Benito abad, en 529, el primer monasterio de Occidente, aprobando su regla san Gregorio el Magno con motivo del concilio Romano de 595: en la soledad del claustro de esta propagadora orden eran estudiadas con éxito y lucidez todas las ciencias; cuanto se decretaba ó se disponia por la Iglesia, la crónica de cuanto acontecia, se coleccionaba en sus *Scrinius* ó bibliotecas, y para ello se necesitaba hacerlo constar en pergaminos, á fin de que pasase á la posteridad mejor que las pocas obras primitivas que se habian salvado de las irrupciones y de los ataques de los bárbaros. Fué necesario combinar la rapidez de la acción al escribir con la buena estructura de los signos, y del estudio científico hecho para este objeto nació la *escritura* espedita, llamándose á quienes de esto se ocupaban *Scribas de librallas*: la

copia de los libros fué uno de los trabajos corporales á que los monjes con mas ahinco se dedicaron, no estando escluidas las religiosas entre las cuales cita Mabillon como célebre á santa Melania la jóven, de la que dice «scribebat celeriter, pulchre et citra errorem» conservándose aún en la Biblioteca Laurenciana de Florencia varios buenos libros de aquella época, entre ellos un «Gregorio de Nacianzo», un «Plutarco» y un «Evangelionario» cuya letra toda es minúscula cursiva escrita con oro.

La combinación de los variados colores de la tinta produjo la armonía de lo escrito, y de los ensayos y tentativas resultó el arte de las *miniaturas* para las letras iniciales de los libros de rezo y de crónica, con las cuales comenzaba el capítulo; siendo uno de los primeros libros que se vieron con este adelanto un Evangelionario apellidado de Gellona, en el que sus pinturas alegóricas ofrecen gran interés para la historia del simbolismo cristiano, pues conserva una miniatura de 0^m 18 de altura y 0^m 12 de ancho representando á Jesús, jóven, sin barba, sentado en un trono imperial, con un libro en la mano izquierda y con la derecha dando la bendición; á los dos lados de la cabeza tiene los anagramas IHS—XP. Este libro, que perteneció á Carlo Magno, se conserva en la colección de manuscritos del Louvre, debiendo además indicar como notables en *miniatura*

ras, los Evangelarios de la Abadía de san Medardo de Soissons, y un otro libro de igual uso, no ménos rico que aquél, cuyo manuscrito forma parte de las obras más notables de la Biblioteca Imperial de Viena, y datan sus miniaturas de 994.

Espuesto ya el gradual y notable adelanto que imprimió la Iglesia á las ciencias y las artes, desde los primeros tiempos de ella hasta la consolidación de las monarquías europeas, debemos dar expansión á nuestro sentimiento católico recordando una triste fecha, la de la invasión de nuestra patria por los árabes: las iglesias que Recaredo mandó levantar, aquellas cátedras y basílicas donde predicaron la doctrina evangélica Isidoro, Leandro, Fulgencio, Idacio, Paulo Orosio, Martín Dumense, los Eugenio, Ildefonso, Bernardo obispo, Julian, Braulio y otros, fueron derribadas por los sectarios del Koran; pero fuera de esta cautiva Península, cuyo pueblo se congregaba bajo el estandarte de la Cruz en Covadonga para una heroica reconquista, la religión abría las puertas á la Edad Media instruyendo á las masas en principios levantados y cristianos, impulsando el adelanto en las artes y oficios, haciendo admirar multitud de conocimientos útiles, y preparándose á una empresa colosal que no se podía llevar á cabo sin alentar á las artes y á las ciencias: tan atrevido pensamiento era la

conquista de la Tierra Santa, y para plantearle fué necesario un esfuerzo superior de la fé, de las ciencias y de las artes industriales, Reunidos tan grandes elementos por el pueblo católico, empezó para este una serie de nuevas glorias: las Cruzadas.

LA EDAD MEDIA.

Al caer uno tras otro, cuantos imperios habian sucedido al de Roma, fué perdiéndose la pericia de los caudillos, y aquellas legiones que llevaron triunfantes por el mundo sus enseñas y sus armas huyeron más tarde, acosadas por un bando desenfrenado y numeroso compuesto de hombres feroces, que vestidos con pieles de animales no tan feroces como ellos, montados sobre indómitos caballos en pelo, y armados variadamente con mazas, cuchillos, arcos y picas denticuladas, tuvieron el arrojo de llegar hasta las puertas de Roma; pero la Iglesia dando todo su apoyo á Carlo-Magno fué la compañera de aquél en la victoria obtenida. Apesar de que los ejércitos de el Emperador eran irregulares también, conservaban sus armas ofensivas y defensivas algunas reminiscencias de la época romana, y poco adelantaron ni en la mejora de ellas, ni en su táctica, entonces ni más tarde, hasta el siglo XI en que Pedro *el ermitaño* predicó la Cruzada contra los turcos que se habian apoderado de la Palestina. Para vencer era preciso tener sobre ellos gran superioridad en in-

genio cuanto en elementos materiales, y la Iglesia, que guardaba en sus monasterios á los hombres de ciencia y habia creado á principio del siglo X universidades en Roma y Tolosa, hizo un llamamiento al saber, que era obra suya, y apareció la *Ciencia Militar*, congregándose á fin de cultivarla y luchar por el dogma católico los principes y los nobles, que para darla organizacion fundaron las Ordenes Militares: la de Cluny, en 910, por el abad Bernon; la de Valle-humbrosa, en 1060, por san Juan Gualberto; los Caballeros de santa Catalina, en 1067, con la regla de san Benito, para la guarda de los caminos; los de san Anton, en 1095, para dedicarse á la ciencia médica y curar enfermos de un mal entónces desconocido; el Cister, en 1098, por san Roberto, en cuya órden floreció san Bernardo; los Caballeros de san Juan de Jerusalem para ser Hospitalarios, en 1104, por su gran maestre Gerardo; los Templarios, en 1118; los Premostatenses, por san Norberto, en 1120; los de Calatrava, en 1158; los de san Juan del Pereiro ó Alcántara, en 1176; los Teutónicos, en 1191, y los de la Trinidad, en 1197, fundados por san Félix de Valois.

Ellos congregaron las huestes, dividiéndolas é instruyéndolas en los movimientos y en el manejo de las armas, y aquello fué el primer paso de la *Táctica* y de la *Estrategia*, no perfeccionadas,

de aquel tiempo. Para atravesar los mares eran precisas naves de ciertas condiciones, y las naves fueron mejorándose por los monjes de la costa de Italia. Se necesitaba reformar el sistema de armamento, y en los talleres que los labriegos tenian en los Burgos que rodeaban los monasterios forjéronse bajo la direccion de los abades nuevas armas, bien dispuestas y templadas, tejiendo los monjes con hierro unos vestidos para los soldados, todo lo cual les dió superioridad sobre el enemigo, y entónces fueron batidos los cascos de barrete, y físicamente montada tuvo empleo la ballesta, á la que sirvió de elemento el antiguo arco.

Con estos auxilios intelectuales y materiales de la Iglesia, bajo el estandarte de la cruz, de victoria en victoria, fueron los fieles arrojando á los turcos de la Tierra Santa y á los árabes de España; más al volver de Oriente los cruzados trajeron con ellos un gusto artistico particular que habia de dar fisonomía á las artes, el cual fué acogido por la Iglesia en Inglaterra, Alemania, España y Francia, y adoptado como único para la construccion de sus monasterios y catedrales. La forma de los arcos, que estaba trazada con el auxilio de la Geometría por medio de un triángulo, tuvo por nombre *ojiva*, y en consecuencia de él se dió el dictado de *ojival* á la arquitectura que, perfeccionada más y más, bella, rica, suntuosa, magnífica y esbelta al

par que sólida, duró en moda trescientos años, formando tres períodos, el lancetado, radiante y flamígero. Para estimular el estudio y proveer á toda Europa de hombres entendidos en el arte de construir, por el Obispo y clero de Colonia se fundó la primer escuela de arquitectos, bajo las bases de una cofradía ó agremiación: los demás oficios hicieron lo mismo, poniéndose bajo la advocacion y protectorado de varios Santos, á quienes tomaron por patronos, y así de consuno, por todos ellos que acudian á la «obra de la casa del Señor» se alzaron esas inimitables catedrales que desafían al tiempo.

Las tallas hechas en piedra fueron copiadas por los herreros, y para lograrlo mejor, á fuerza de trabajo, produjeron bellas y acabadas obras de plancha reempujada, con las cuales, en España, Maese Esteban, Antonio de Palencia, Diego Idobro, Fr. Francisco de Salamanca, Tristan Peñafiel, Silva y Diaz del Corral, formaron magníficas combinaciones en la *Rejería* que se destinaba para cerrar las capillas de tan grandiosos edificios, á cuya inauguracion concurren los reyes con toda ceremonia. Muchas catedrales podríamos citar, pero solo mencionaremos, en Alemania, las de Friburgo, Colonia, Altemberg, Erfurt y Marburg; en Francia, Nuestra Señora de París, la Santa Capilla, Chartres, Reims, Amiens, Sens, Bourges y Contances; y en España, Leon, Toledo,

Barcelona, Oviedo, Murcia, Tortosa, Valencia, Zaragoza, Palencia, Búrgos y Segovia verdaderas, concepciones del génio, que encierran una série de maravillas artísticas, iluminadas por los rayos del sol, descompuestos al pasar por las vistosas vidrieras de colores colocadas en sus ojivas y rosetones.

Ya que hemos recordado las vidrieras de colores, debemos hacer constar que por la Iglesia y para la Iglesia nació este arte: durante la época bizantina fué descubierto, pero Cárlo-Magno luego mandó hacer «mosáicos de vidrios» para la Catedral de Aix la Chapelle; y durante el reinado de Cárlos II (el Calvo) eran famosos, en 863, Ragenat y Balderic, que combinaron con vidrios de colores otro mosáico representando á san Pascasio para la iglesia de Dijon. Avanzó la Edad Media, y á fin de proveer de vidrieras á las catedrales que se construian, tomaron los monjes, las religiosas, y las damas en sus castillos, la costumbre de cortar y engarzar vidrios, habiendo alcanzado este arte gran apogeo. Descubierto que fué el medio de colorar al fuego los cristales, con la forma correspondiente y el tono de los modelos que se preparaban para ello, los artistas dieron al público obras tan notables como la *Vidriera* del Hijo Pródigo en la catedral de Bourges, costeada por el grémio de curtidores; las de la Santa Capilla y de la iglesia de la Trinidad de Vendome, en Francia, y las de nuestras cate-

drales de Toledo, Búrgos, Sevilla, Tarragona y Leon, ejecutadas por el maestro Campa, Arnao de Flandes, Yepes, Cárlos Bruxes, Maese Cristoval, J. Ortega y Alberto de Holarda. En Alemania son muy notables y los artistas europeos admiran como de primer orden las de la Pasion, en Augsbourg, y las de la Virgen, en Ratisbona, hechas en 1247 por J. Schrandolph y B. Ainmuller de Munich.

Javier Puentes Ponte.

(Se continuará.)

SECCION LITERARIA.

¡POBRE MUCHACHA! (1)

I.

Así exclamaban involuntariamente algunas personas buenas al ver á una jóven camarera de la señora de Héve, de rubios cabellos, tez delicada y talle esbelto, sentada siempre en un ángulo del salon, cosiendo ó bordando, y hablando muy raras veces. Esta jóven se llamaba Felisa *Don de Dios*. Su madrina creyó sin duda dotarla bien agregando al nombre de pila este otro lleno de promesas; pero la buena mujer no podia adivinar el porvenir. Felisa *Don de Dios*, hija de un honrado y modesto empleado, quedó huérfana á los veinte años. Tenia en Charenton un hermano atacado de demencia, y en cuya curacion habian agotado los últimos recursos sus pobres padres, quienes legaron á Felisa un cariño y solicitud por este desgraciado.

Necesario era vivir, y Felisa que no tenia tiempo que perder en un aprendizaje largo y costoso, determinó explotar la única cosa que poseia: su tiempo y su paciencia. Aceptó el encargo de asistir á la rica y noble señora de Héve, que acababa

(1) *Revista Popular.*

de quedarse ciega, y pronto sintió cuán pesada carga habia aceptado. Doblegarse á los caprichos de una mujer egoista y ociosa, complacer á su familia, estudiar el carácter de todos para agradarlos, renunciar á toda voluntad propia, y solo reflejar exteriormente la voluntad, las ideas y los sentimientos de los demás, sufrir en silencio las bruscas reprensiones, oír con serenidad los reproches agrisulces, tolerar la dura alegría de los ricos y sus pesadas bromas sin aparentar conocerlas; no manifestar tristeza para no suponer enfado, ni alegría para aparecer inconsecuente, hé aqui la idea del empleo de Felisa, que lo desempeñaba admirablemente. Su carácter, siempre igual, era como un cielo azul sin nubes negras ó doradas; su complacencia á prueba de todos los caprichos: al oír la voz de su señora, levantaba la cabeza, y dejaba sin extrañeza el paseo por la lectura, la lectura por la labor, y ésta por la mesa de juego, segun se lo mandaban, sin manifestar cansancio ó fatiga, aunque la impusiesen muchas horas consecutivas de lectura, la tuviesen encorvada sobre el bastidor y la hiciesen acostar tarde ó madrugar. Su talento, dócil á toda exigencia, no brillaba con chistes y agudezas, y sus respuestas, pálidas y monótonas, hacian decir á sus interlocutores:

—¡Pobre jóven, ni aun sabe hablar!

Un amigo de la familia, observando aquel semblante triste y resignado, bautizó á Felisa con el apodo de *Milagro*, y la señora de la Héve, su hija y sus nietos, despues de celebrar con risas la ocurrencia, adoptaron el nombre, y con él la designaban entre sí.

Sin embargo, una vida tan oscura tuvo su dia resplandeciente; aquel corazon poco sensible palpité de esperanza, y aquel semblante tuvo momentos de tímidas gracias y dulce atractivo.

El señor de Meyran, yerno de la señora de la Héve, tenia un secretario llamado Estéban Gilvert. Joven de mérito y cuyo talento le presagiaba un hermoso porve-

nir, vió á Felisa, entró en relaciones con ella, y aún se habló de matrimonio. El corazón de Felisa acarició risueñas esperanzas; creyó en hermosos sueños; vióse esposa del hombre que parecía amarla y á quien ella amaba, alentándola en sus trabajos, creándose ambos una modesta posición y educando á sus hijos; vióse, en fin, libre: sueño supremo de los que viven esclavos.

Pero un dia, ó mejor dicho, una noche, la vieja ama de gobierno, que se interesaba mucho por Felisa, entró misteriosamente en su habitación, se sentó, y le dijo compasivamente:

—Mi buena Felisa; vengo á hablar á V. con franqueza; ¿me lo permite V., no es verdad? porque ya sabe que la quiero mucho.

Felisa bajó la cabeza y palideció.

—Nada me ha dicho V., pero tengo buen oído y todo lo sé; se trata del casamiento de V. con el Sr. Estéban. Mucho me alegraría de ello, pero en confianza diré á V. que no se fie demasiado. Esta noche me encontraba en el tocador de la señora de Meyran, y la puerta estaba abierta de par en par. La señora entró con su marido y el Sr. Estéban, y como ya sabe V. que la señora no desconfía de mí, empecé por chancearse con el Sr. Estéban sobre el afecto que tiene á V., y éste no sabía qué responder á sus chistes. Dijole después, con más formalidad, que era una locura casarse con una pobre, y que no debía sacrificar su porvenir y su ambición; le hizo la descripción de una familia con hijos y deudas... habló del pobre hermano de V... Perdóneme V., hija... En resumen, á fuerza de predicarle, le ha convertido, y entonces he querido advertir á V. para que no ame á una persona que no lo merece...

—Gracias, Sra. Ana, respondió Felisa; pero nunca se ha formalizado entre nosotros la cuestión de matrimonio.

—Es igual... ¿Quién no conoce á los hombres?... ¡Tan falsos!

La anciana mujer se fué, y Felisa quedó

sola. Nadie sabe lo que pasó en su interior; pero desde aquel dia no volvió á sonreír.

Sobrevino la noche; apagóse el rayo de luz en la vida de Felisa, y la luminosa senda quedó oscurecida.

Pocos dias después Estéban se marchó, agregado á la embajada de Rusia, y pasados algunos dias le nombraron cónsul de un puerto de Levante. Casóse allí con una opulenta griega, y evitó prudentemente (¿acaso sería para su felicidad?) aquel triste provenir que le describió la señora de Meyran.

II.

Aunque Felisa pasaba su vida sin que nadie se tomase interés por ella, y sin oír siquiera aquellas breves palabras que consuelan mucho en los momentos de tristeza, «¿qué tiene V.?» no por eso dejaba de amar á los que llamaba sus protectores.

Amaba á su señora porque estaba ciega; al señor de Meyran porque nunca la trataba con dureza, á sus hijos Cristian y Elisa porque los conoció desde la niñez y habían reído alguna vez con ella; y á la señora de Meyran porque la hizo mal destruyendo sus esperanzas.

Estas últimas palabras dicen claramente que Felisa era cristiana, y en efecto no la disgustaban los preceptos del Evangelio, sus castigos no la atemorizaban, confortábanla sus promesas; se contaba en el número de los pequeños y de los pobres á quienes el Señor prometió el reino de los cielos. Pero no quería entrar allí sola, y procuraba siempre hacer bien: menospreciada y tratada con desden, solo una muchacha encargada de la limpieza de la ropa se comunicaba con Felisa, que le enseñaba, cuando podía, á leer y el Catecismo. La lectura era ciencia muy complicada para el pobre talento de Dionisia, pero consiguió un éxito completo en el Catecismo. Comprendiendo perfectamente las grandes verdades que contiene tan pequeño libro, Felisa las trasmitía á su discípula con tanto fervor, unción y cla-

ridad, que consiguió grabarlas en su memoria y en su corazón. Dionisia, que hasta entonces se había aconsejado con la gran coquetona Celimena, primera doncella de servicio, procuró en adelante evitar su trato; fué mas modesta en el vestir, y enviaba parte del salario á una pobre madre que vivía en la aldea; los domingos iba á la iglesia en vez de ir á paseo; y cuando se burlaban de ella sus compañeras, respondía con resolución:

—Sigo los consejos de la señorita Felisa.

Y la señora de Meyran, á quien contaban esta historia, decía en tono de burla:

—*Milagro hace milagros.*

III.

Después de un día largo y pesado en que Felisa había recibido un diluvio de reprecensiones y observaciones críticas, quedó sola con la señora de la Héve.

Los señores de Meyran habían ido á un baile con sus hijos, que iban por primera vez á una reunión. Una lámpara con ancha pantalla dejaba caer sus rayos de luz sobre el bastidor de Felisa, que había soltado la labor y observaba con inquietud á la pobre ciega. Esta, sentada junto á la chimenea, estaba abismada en profundas reflexiones. Sus facciones demacradas por los años expresaban la dureza, y sus ojos parecían algo siniestros: sus manos retorcián las franjas del sillón, y una sonrisa sarcástica contraía sus labios; hasta que en fin, volviéndose á Felisa, exclamó:

—¡Que mi hija me deje así sola todas las noches! ¡Bien sabe cuán limitados son mis placeres, y que rodeada de tinieblas me horroriza estar sola; que no me gustan las grandes reuniones en que permanezco aislada y aún considerada como un objeto raro; que me complacería en sentir á mi lado por las noches el trato de mi familia; todo esto lo sabe, pero triunfa su egoísmo; y ella, que posee todos los goces de la vida, no puede pasar una sola noche con su madre anciana y ciega!... ¡Cuán ingratos son los hijos!

Estas palabras conmovieron á Felisa,

y levantándose fué á sentarse cerca de su señora, diciéndole con cariño:

—Es V. un poco severa, señora; ¡si supiese cuánto me ha recomendado la señora de Meyran que la cuide á V.!

—¡Oh! sí, es muy buena hija cuando otra se encarga de sustituirla!

—Pero, replicó con mas dulzura Felisa, ¿acaso el mundo no tiene sus exigencias? ¿No debe hacer sociables á sus hijos? ¿No ve en ello su esposo un medio de proporcionarse relaciones útiles á su crédito y á la colocación de sus hijos? Estoy persuadida que si la señora de Meyran pudiese seguir los impulsos de su corazón, no la dejaría á V. sola, porque la ama mucho.

—¡Tú la defiendes! añadió la ciega con inexplicable amargura; y sin embargo, ¿cuánto has sufrido con sus chanzonetas y su orgullo! ¿Crees, aunque estoy ciega, que ignoro que ella fué quien impidió tu matrimonio con Estéban? ¿No eres siempre el objeto incesante de sus sarcasmos, y su tormento en los días en que sufre su amor propio?

Felisa se turbó al oír estas palabras; un pálido carmin tiñó sus mejillas, y levantando la vista al cielo, respondió:

—Si la señora de Meyran me ha perjudicado en alguna cosa, Dios me ha concedido la gracia de perdonarla, y desde entonces... desde ese tiempo á que V. se refiere, ruego todos los días particu'armente por ella. No estoy resentida, aunque mi amistad hácia ella no sea muy íntima, y por esto no soy parte interesada cuando afirmo que la respeta á V. y la ama; puede V. creerme.

—Eres muy buena, Felisa, contestó la señora de la Héve; eres la mejor muchacha que he conocido, y en esto te hago completa justicia, aunque algunas veces soy brusca contigo.

—Pues haga V. justicia también á su hija: ¡es tan buena madre! ¿cómo no ha de ser buena hija?

—¡Ah! no deseo que sus hijos me venguen!

—¡No basta esto! necesita V. creer en

su cariño y perdonarle faltas involuntarias...

Al decir estas palabras, Felisa tomó la mano de su señora y la besó; una lágrima sincera, lágrima de compasión y de simpatía, cayó sobre esta mano; la sintió la ciega y á su vez sus secos ojos se humedecieron.

—¡Pobre Felisa! dijo, ¿de dónde tanta paciencia y bondad?

—Dios me consuela en mis penas, respondió con humildad; todo se lo debo.

—¡Tú crees, oras y eres feliz!

—Esta felicidad pueden tenerla todos, señora; Dios quiere que le amen y le invoquen.

—Yo no sé pedir á Dios; mi triste situación me ha separado de Él; ¿por qué sufro así?

—Porque Dios quiere proporcionar á V. una gran recompensa. ¡Oh! ¡qué hermosa corona le alcanzaria en el cielo su resignación, si usted quisiese tenerla!

Después de unos momentos de reflexionar, la señora de la Héve dijo:

—Es tarde, Felisa; otro día reanudaremos esta conversación; pero debo decirte, para tu satisfacción, que esta noche me has consolado mucho.

En efecto, desde aquel día la señora de la Héve no se enojó tanto contra su hija, y no causó poca sorpresa verla rezar con unos rosarios en la mano. Pero la admiración fué general cuando, llegado el tiempo pascual, dijo á Felisa delante de toda la familia:

—Esta noche me acompañarás á la iglesia junto al confesonario de nuestro Párroco.

Callaron todos, excepto los criados, que decían en voz baja:

—Otro milagro de *Milagro*.

IV.

Cristian, hijo de los señores de Meyran, había nacido con las mejores inclinaciones; pero á pesar de su buen corazón y de sus sanos instintos, no podía resistir á los atractivos del mundo, tan poderosos con la juventud, si no están combatidos por

los atractivos del cielo. El trabajo le causaba tedio, gustaba de los placeres, era muy aficionado al lujo, y había cometido ya algunas faltas que causaron grande enojo á su padre. La familia estaba preocupada é inquieta, pero no habían tomado ninguna determinación.

Una noche, según costumbre, retiró tarde Cristian, y quedó muy sorprendido al ver luz en la sala, y que una persona se levantaba y salía á su encuentro.

—¿Es V., Felisa? exclamó con alegría: creí que era un espectro.

—Yo soy, señorito, dijo ella tranquilamente. Le aguardaba á V. para hablarle.

—Pues me siento, y escucho.

—Quería decirle que hace tiempo entristece V. y amarga los días de su padre. V. perdone, pero esto no está bien. Es V. muy amigo del ocio; huye cuanto puede de la familia, y aún se dice que juega V. ¡Oh! señorito Cristian, ¡qué desgraciado será V. si se abandona á tan funesta pasión, porque atrae terribles consecuencias en este mundo y en el otro! V. no sabe que un jugador arriesga su reposo, su fortuna y su honra, sin excluir su alma, ¡su pobre alma! Mire V., mi buen señorito; en la casa donde está mi hermano me han enseñado dos desgraciados: uno loco furioso, el otro idiota... ¡sólo por el juego! También conoce V. á la anciana señora Dupare, á quien la abuela de V. tiene señalada una corta pensión. Pues bien: antes era rica, y su marido, que era jugador, la ha dejado sin recursos. Piénselo bien, señorito, piénselo bien, ¡V. que antes era tan juicioso!

El joven se echó á reír, pero una lágrima brillaba en sus ojos.

—Es V. elocuente, Felisa.

—Yo nada sé; pero siento mucho las ofensas que se hacen á Dios, y aunque soy una pobre ignorante, concédame V. este favor, señorito Cristian.

—La he oído á V. con gusto, dijo entonces formalmente Cristian, y nunca olvidaré esta prueba de amistad.

Y en efecto, no la olvidó.

V.

Habian pasado ya veinticinco años desde el día en que entró Felisa en casa de la señora de la Héve: su vida estaba gastada y le faltaban las fuerzas, á pesar de su buena voluntad.

Un día ya no se levantó del lecho para esperar la muerte.

Dícese que la muerte es el eco de la vida, y la de Felisa confirmó esta verdad, pues fué humilde y tranquila: sin deseos terrenales y sin temor á la vida futura, marchóse pacíficamente á la casa de su Padre. Recibía con gratitud los menores servicios que le prestasen y que le parecían excesivos. La plácida alegría de su semblante admiraba á todos; y el día en que recibió por última vez la sagrada Comunión, pareció transformarse de tal manera, que la señora de Meyran no pudo menos de exclamar, asombrada de aquel brillo sobrenatural:

—¡Pobre Milagro! ¡casi está hermosa!

Felisa murió sonriendo, y legando á los testigos de su dichoso tránsito una impresión de fé en la vida eterna, y un sentimiento inefable de la misericordia y justicia de Dios.

Nada dejaba, porque nada poseyó, si se exceptúan sus pobres vestidos, que se dieron á Dionisia, y dos ó tres libros de piedad. Abriólos la señora de Meyran, y vió una oracion por los enemigos, compuesta por santa Gertrudis. El papel en que estaba escrita casi se deshacia por el uso.

—La pobre creía tener enemigos, se dijo á sí misma.

Después algun recuerdo se suscitó en su mente, pues añadió suspirando:

—¡Mucho mal la hice! ¿oraria por mí?...

Y guardó el libro, y lo leyó repetidas veces.

La muerte de Felisa impresionó mucho á Cristian, que era en aquel tiempo un magistrado tan distinguido por su talento como por la severa nobleza de su carácter. Acordábase de la lección que la pobre

Felisa se atrevió á darle un día, y consagró un piadoso culto á su memoria.

Como Felisa habia muerto sin recursos, su hermano quedó confiado á la Providencia divina, pero Cristian se hizo cargo de este desgraciado hasta que murió. Sobre el sepulcro de Felisa hizo poner una cruz, en la que estaban grabadas estas palabras de *La Imitacion de Cristo*:

«Le daré una recompensa eterna por un trabajo de corta duracion, y una gloria imperecedera por una humillacion transitoria.»

Dionisia ocupó el puesto de Felisa junto á la señora de la Héve, que, sorda totalmente, no necesitaba lectura.

Dionisia deletreaba el Catecismo: un día llegó al capítulo de las obras de misericordia, y en las espirituales leyó estas palabras con sumo trabajo:

«Enseñar, aconsejar, corregir, consolar, perdonar, soportar los defectos ajenos y rogar á Dios por vivos y muertos.»

—Hé aquí, dijo, lo que hacia mi buena Felisa;—y una lágrima cayó sobre la página del Catecismo: era la oracion fúnebre de la pobre Felisa.

Matilde Bourdon.

DOCUMENTOS IMPORTANTES.

EDICTO DEL EMPERADOR DE CHINA CONTRA LOS JUGADORES.

La censurable pasion del juego, «abismo sin fondo ni bordes,» que dijo no sé quién, ha ocupado recientemente la atencion del emperador de la China, Young-Tcheng, quien ha expedido contra los jugadores un edicto que por lo curioso copiamos á continuacion, omitiendo comentarios que no necesita.

Dice como sigue:

«¡Vasallos! el emperador es vues-

tro padre: no le obligueis á que haya de ser vuestro juez.

No hay felicidad sin virtud. En balde se afana el vicio corriendo en pos de la dicha, porque la busca en el lodo, y está en el cielo. El mas funesto de todos los vicios es el del juego.

Yo, que desde el fondo de mi palacio veo todo lo que se hace, y oigo todo lo que se dice; yo, que vigilo mientras el crimen camina silenciosamente por entre las tinieblas; yo, que detesto la mentira más que temo á la muerte, aseguro que no hay hombres peores que los jugadores. Ellos se tendrían horror si se pudieran conocer á sí mismos. Yo los conozco, y así escuchadme.

A los principios el juego aparece como una chispa, que luego se convierte en un incendio devorador; de pasatiempo ó distraccion pasa á ser un estudio continuado, un trabajo asiduo, una profesion. Al principio ocupa sólo algunas horas, despues los dias enteros: ¡qué digo los dias! no le bastan. Cuando todo el mundo está entregado al sueño y al descanso, el jugador está estremecido y no duerme.

El corazon de un jugador no conoce los afectos suaves y tranquilos que embelesan la existencia: el bien y el mal son para él una especie de albur: todo es en él efecto de la casualidad: su rabia sobrepuja á los medios de satisfacerla. Si has perdido tu dinero, ¿por

qué no te marchas? ¿qué haces ahí? Su impotencia le consume, y á pesar de esto sigue mirando como juegan.

Y ¿qué hace? perder el tiempo, un tiempo mas precioso que el oro.

El uno descuida los intereses públicos depositados en sus manos, el otro se disgusta de la profesion que ejerce y que le podría mantener cómodamente á él y á su familia. El tutor compromete la fortuna del huérfano: en una palabra, los jugadores se jugarían á sí mismos, puesto que se matan.

¡Insensatos! ¿qué esperan? ¿qué quieren? Su ruina, la de todos. A ese que se va á su casa cargado de oro, muy pronto le vereis lleno de andrajos y de miseria. Pudo triunfar por casualidad, y arrancar momentáneamente su secreto á la fortuna; supo dirigir por algunos instantes sus pasos caprichosos: mas, ¡esperad! ¡esperad!

¿Cuál es el fin del jugador? Preguntádselo al que tiene á su hermano desterrado del suelo natal, ó despreciado de su misma familia, ó que se ha suicidado para evitar el patíbulo; preguntádselo al padre que, por haber descuidado la educacion de su hijo, viste el luto del honor.

Prohibo los juegos. Prohibo el jugar. El que no me obedezca, no obedece á la Providencia, para la cual no hay casualidades; á la Providencia, que nos dice: trabaja y espera, pues mis dones son para los laboriosos.

Mi vigilancia, como debe ser la del que manda, se ejerce constantemente contra los vicios. Esta vigilancia nace toda del odio con que los miro. ¡Cuántas veces, no obstante este ódio, he sido indulgente para no tener que castigar demasiado! Pero ¡jugadores! no conteis ya mas con mi indulgencia.

¡Jefes, soldados, y vosotros todos los que por lazos de parentesco estais unidos á vuestro amo! no olvidéis que aborrezco el juego, y que os he confiado poder y fuerza. En las fronteras, en lo interior del imperio, en todas partes sois la imagen de la grandeza: sed, pues, tambien para el pueblo modelos de la virtud.

Ya os he señalado el camino del deber y el abismo de la infancia: me habeis oido. Os lo digo con pesar por la última vez: ¡vasallos! castigaré á los que jueguen, aunque sean mis hijos.»

SECCION DE VARIEDADES.

EL ATENEISTA.

En una correspondencia de *Público* que publica el *Diario de Barcelona*, hay un retrato de cuerpo entero del tipo singularísimo del *ateneista*, que ha merecido los honores de la discusion en la prensa de Madrid.

Hé aquí el retrato:

«Hombres abrumados por lecturas incompletas; hombres que escasamente tienen tiempo para traducir títulos y deletrear portadas,

aspirando á resolver todas las cuestiones con el criterio de todos los libros que se han impreso en todas las lenguas de cien años á esta parte. Lo que su memoria recuerda en el momento que hacen uso de la palabra, es lo que determina el espíritu de su discurso. Preguntadles cuando la piden, qué es lo que van á decir, y no sabrán contestaros. Lo que salga. Las mas veces es el adversario quien determina este sentido. Al protestante se le combate en católico, al católico en protestante. Aquello es un ensayo general de la torre de Babel. El ruido de las palabras y las palabras de ruido riñen batallas tremebundas. Allí es moda hablar y pensar en galimatías. Allí es costumbre no hablar ni pensar, sino entre vómitos de biblioteca. Sóbrales talento á algunos oradores para ser originales; pero por pereza y por contagio casi todos son *científicos* del Ateneo, profesores de una ciencia que se parece á los huevos que la abutarda del fabulista llevó á su nido. Si los autores alemanes, ingleses y franceses pudieran desde el portal llamar á sus ideas, como la gallina llama á sus pollos, aquellas pobres cabezas se quedarian más vacias que una campana neumática.»

Parece sacado de fotografía.

LA ESTATURA DEL HOMBRE.

La cuestion de la estatura del hombre es una de las que más han

excitado la curiosidad de los antropólogos.

Existen muchos trabajos de estadística relativos á la altura variable del hombre; pero todos los autores disienten notablemente en sus conclusiones.

Segun un estudio publicado por la *Revista de Antropología*, el hombre más alto que se ha encontrado ha sido un norte-americano, que media dos metros y ochenta y tres centímetros de estatura; el hombre más pequeño que ha existido, era un enano que media cuarenta y tres centímetros de estatura.

Entre estos dos extremos existen muchos términos, pues los climas, los hábitos de la vida y las costumbres, ejercen una influencia inmensa en el desarrollo de los hombres.

El término medio de la estatura de los habitantes de Patagonia, es de un metro y setenta y ocho centímetros.

Los habitantes del Africa austral son, por el contrario, los más pequeños entre los hombres; su estatura media no pasa de un metro y treinta y cinco centímetros.

El medio entre estos dos extremos seria de un metro y sesenta centímetros, si se considera que, segun Lapeyrouse, los samoenos, poblacion poco conocida, tienen por lo general un metro y ochenta y seis centímetros.

La *Revista de Antropología* cree que, segun los datos publicados hasta ahora, la estatura media de-

be ser un poco más alta, y propone que se adopte como término medio la cantidad de un metro y sesenta y cinco centímetros.

Cada uno puede saber si su estatura es más alta ó mas baja que la estatura media.

Debemos, sin embargo, hacer constar que estos datos solo se refieren á los hombres.

SECCION DE NOTICIAS.

En el Consistorio del 28 de Diciembre hizo Su Santidad los siguientes nombramientos:

Para la iglesia arzobispal de Nazianzo, *in partibus infidelium*, á monseñor Angel Di Pietro, trasladado de Nissa, *in partibus infidelium*;

Para la iglesia arzobispal de Chieti, con la administracion de la catedral de Vasto, á monseñor Luis Rufo, de los príncipes de Scilla, natural de Palermo, Prelado doméstico de Su Santidad, adjunto á la Sagrada Congregacion del Concilio;

Para la iglesia catedral de Fano al reverendo D. Camilo Santori, rector y profesor de teología dogmática en el Pontificio Seminario Romano;

Para la iglesia catedral de Tricarico al reverendo Don Camilo Siciliano, de los marqueses de Rende, Sacerdote de Nápoles, ex-Cura párroco del arzobispado de Westminster;

Para la iglesia catedral de Niza, al reverendo D. Mateo Francisco Regis Victor Balain, Sacerdote de la diócesis de Viviers, Rector del seminario de Frejus;

Para la iglesia episcopal de Pella, *in partibus infidelium*, al reverendo Don Gustavo Leonardo de Batlia, Sacerdote de Gante, profesor de sagrada liturgia, director y presidente del seminario mayor de Gante.

En seguida pronunció Su Santidad una breve alocucion y creó Cardenales de la santa Iglesia romana:

De la orden de Presbíteros, á monseñor Vicente Moretti, Arzobispo de Rávena, nacido en Orvieto el 14 de Noviembre de 1815;

De la orden de Diáconos, á monseñor Antonio Pellegrini, decano de los Clérigos de la reverenda Cámara Apostólica, natural de Sonino.

Por último, se hizo á Su Santidad la petición del Sacro Pálio para las iglesias arzobispales de Chietti y Baltimore.

*
* *

La obra de los Círculos Católicos, que tan buenos resultados produce en muchos países católicos, está llamada á extenderse por todas partes. Sabido es con que rapidez se han propagado estos Círculos en Bélgica y en los países próximos á Bélgica, singularmente en Alemania y Francia. Ahora acaban de pasar los mares, y están en visperas de ser introducidos en plena Turquía de Asia, en Siria.

Hace pocos meses, un Sacerdote de la Compañía de Jesús de la casa de Lierre, conmovido con la triste situación de los cristianos de Siria, salió para este país, decidido á trabajar en la viña del Señor con el celo con que hace muchos años trabajaba en Bélgica por el triunfo de la Iglesia. Este valeroso jesuita, reverendo Padre Deslée, apenas llegado á su destino, se puso á trabajar sin descanso. Entre las instituciones que procura fundar, figura en primera línea un Círculo católico, á imitación de los de Bélgica, y en especial del que él mismo contribuye tanto á fundar, *el Círculo de Pio IX*. El piadoso misionero cuenta con los antiguos alumnos del colegio que los Padres Jesuitas tienen en Beiruth para encontrar los primeros miembros del Círculo. Estos alumnos son muy numerosos, están animados de excelente espíritu, y desean secundar con todas sus fuerzas la obra del Padre Deslée.

*
* *

Su Eminencia el Cardenal Manning acaba de reunir algunos discursos que ha pronunciado recientemente, y los publica con

el título de *The independance of the holy see*. Sostiene en estos discursos el sábio y virtuoso Cardenal la necesidad en que se halla el Soberano Pontífice de tener una soberanía que sea salvaguardia de su independencia y de la de las conciencias católicas.

*
* *

Entre los periódicos católicos belgas que se consagran á ilustrar al obrero sobre sus verdaderos intereses y que combaten con mas celo la propaganda socialista, se distingue el *Trabajador*, de Nivelles, que acaba de recibir una preciosa carta de felicitacion de su eminencia el insigne Cardenal Dechamps.

Las asociaciones anti-socialistas, la obra de San Francisco Javier, la *Federacion de sociedades obreras* y periódicos como el *Trabajador* están haciendo mucho bien en Bélgica.

*
* *

RECTIFICACION IMPORTANTE.

En el número anterior, página 52, línea última de la 2.^a columna donde dice: «Nada sin vosotros» debe leerse «Nada sin nosotros.»

Resumen de las materias que contiene este número:

ALOCUCION pronunciada por S. S. en el Consistorio del 28 de Diciembre.—SECCION DOCTRINAL.—*Las Ciencias, las Artes y el Catolicismo*, continuacion, por D. Javier Fuentes y Ponte.—SECCION LITERARIA.—*¡Pobre muchacha!*—DOCUMENTOS IMPORTANTES.—*Edicto del Emperador de China contra los jugadores*.—SECCION DE VARIEDADES.—*El ateneista*.—*La estatua del hombre*.—SECCION DE NOTICIAS.

CÓRDOBA: 1878.

Est. tip. LA ACTIVIDAD,
Liceo, 41.